

De lejos parecen algo . . .
Más ¡de cerca!

Aquí un bravo notario de Normandía, más práctico en la lectura de contratos, arrendamientos y otras actas que en la del catecismo, que quizá no ha sabido nunca pasaderamente; allá un pelotón de sansimonianos, falansterios, icarios y otros utopistas que en su ruina se acogieron á un periódico cualquiera; un poco más allá algunos escapados de seminario, que bebieron apenas dos ó tres sorbos en las puras fuentes de la ciencia religiosa; en la reserva uno ó dos secularizados, que saben algo más que los anteriores, pero á los cuales la vergüenza sofoca y la cólera ciega; como escopeteros un enjambre de bachilleres siempre jóvenes, aprendices en la prensa, á quienes atraen los chismes y cautivan las papanatas; Havin, siempre serio; Jourdan, el inagotable creador de religiones y de operaciones financieras; Guérault, brillante estrella, en otro tiempo, del firmamento sansimoniano; About, *l'enfant terrible*, rencoroso aún con el pequeño seminario y el Vaticano, que le han sucesivamente desconocido: hé aquí, con algunas otras plumas del mismo calibre, el batallón anticlerical.

En verdad que nada tienen de fuertes, y no obstante y por ello son peligrosas.

Primero, porque halagan las pasiones populares, y con tal motivo están excusados de razonar lógicamente para persuadir á sus lectores.

Segundo, por que hablan mal de la religion y de los curas. El mal es siempre más creído que el bien. Cuando se difama, las citas más vagas son las mejores, y por esto la táctica favorita de los cleróforos no consiste en formular

contra tal ó cual sacerdote imputaciones precisas, sino en presentar al clero en masa como enemigo de la civilización moderna.

Pero tal insinuación, que tiene éxito, está dotada de una desvergüenza singular.

Lo hemos hecho ya notar: la civilización pagana, fundada en la tiranía de los fuertes y en la esclavitud de los débiles, se ha derrumbado después de cuatro mil años de duración. Los incrédulos, como Gibbón, los protestantes, como Guizot, convienen en atribuir el feliz cambio que ha experimentado á la predicación del Evangelio, al Sacerdocio católico. Si el Sacerdocio católico ha sido, desde su origen, y por espacio de tantos siglos, el iniciador de la civilización moderna y del progreso, ¿con qué razón le volvería hoy la espalda?

¿Qué progreso puede desagradarle?

¿El progreso material?—Los pobres, sus hijos, se aprovechan de él y él mismo el primero, pues tiene habitación más sana, viaja con mayor rapidez, viste con más facilidad y vive más cómodamente.

¿El progreso artístico?—Tal progreso es poco sensible hace algunos años; pero el progreso de las artes, si existe, alegrará el corazón del sacerdote, porque obtendrá como consecuencia precisa y natural la belleza del santuario, uno de sus deseos más vehementes.

¿El progreso moral?—Toda la vida del sacerdote á él está dedicada, pues si tiene, á menudo, furibundos enemigos, precisamente á la energía con que ha trabajado para tal progreso lo debe. La historia de Nerón, condenando al apóstol Pablo por haber guiado á su concu-

bina hacia la vía del progreso moral, se renueva todos los días entre nosotros. Tú, leal obrero, no sabes la razón por que tal rico, tal sabio, tal que ocupa una elevada posición, difama al cura que ha dirigido á tu hija para hacer la primera comunión. El sacerdote en manera alguna te lo dirá: herido en la sombra por una mano dos veces criminal, sabrá callar y morir mártir de su deber sacerdotal y del secreto de la confesión. Pero lo que no te dirá el cura lo sabe tu hija perfectamente. Sí: el sacerdote es el instrumento providencial del progreso moral. Cuanto más un libertino se hunde en la depravación, tanto más crece su enojo contra el sacerdote: el día en que quiere volver á la virtud, toma el camino del tribunal de la misericordia en que el cura le aguarda. ¿Qué puede darse más significativo?

¿El progreso de las luces?—El mundo entero estaba sumergido en las tinieblas y las sombras de la muerte cuando el sacerdote le trajo la luz evangélica descendida de lo alto. Hasta las mismas ciencias humanas han sido en todos los siglos, cultivadas con entusiasmo por el clero. A él únicamente debe la Europa moderna la conservación de las obras maestras de la antigüedad, despreciadas largo tiempo por la sociedad laica. Además ha comenzado á llenar entre nosotros las grandes lagunas que estableciera la persecución revolucionaria, cuando empieza ya á mostrar al mundo sabios de primer orden.

Antes que nosotros lo ha dicho un eminente publicista: coloca, amigo lector, en una línea paralela los funcionarios de la sociedad laica y los miembros del clero, los gobernantes y los obispos, los al-

caldes y los párrocos, los empleados y los vicarios, y haz la comparación.

¡Y la instrucción popular! Por espacio de gran número de siglos, el clero, solo, supo con profusión admirable extenderla. Hoy por hoy suscita y sostiene las vocaciones religiosas que dan á la infancia pobre el doble beneficio del ejemplo de una vida virtuosa y de una instrucción sólida. El clero, tanto por lo menos como los librepensadores, quiere que la juventud sepa leer. Pero el clero enseña la lectura y la religion, al paso que los librepensadores enseñan la lectura y el indiferentismo. Hé aquí el objeto de su saña contra la educación *clerical*. Jamás ha visto mal el clero la propagación de los conocimientos humanos: y si á menudo se ha visto obligado á combatir ciertos establecimientos laicos, lo ha hecho por la razón de que el espíritu que los animaba, era á su vez, irreligioso.

¡Ah! nosotros sabemos perfectamente que una sociedad ignorante no tarda en ser una sociedad corrompida; nosotros combatimos el error que envenena, pero no combatimos jamás la ciencia que eleva el espíritu y ennoblece el corazón; nosotros queremos el reinado de Dios sobre la tierra, y por eso queremos el progreso en todos sentidos, la perfección misma, en lo que sea realizable en este mundo!

¡No obstante, queremos dar al agravio de nuestros enemigos su forma más seductora: *Los curas dicen salvo insignificantes excepciones, son hostiles á los grandes principios del 89!*

¡Ay! los grandes principios del 89 tienen la inmensa desdicha de ser una expresión vaga, empleada con igual entusias-

mo por tantos individuos de opiniones diametralmente opuestas que no se puede, en verdad sobre este particular, razonar con fijeza. Lo que no se nos podrá negar es que la mayoría de los adoradores de tales *inmortales principios del 89* los oponen á los principios eternos del Evangelio. Los legisladores que los formularon en la célebre *declaración* tuvieron la intencion muy positiva de que substituyeran al Decálogo revelado, relegado por ellos al olvido. Desde entonces se comprende con cuántas precauciones, con cuánta repugnancia debía el clero mirar los *inmortales principios* tomados á bulto y sin comentarios.

Pero, dejando aparte estas palabras irritantes, vamos al fondo de las cosas.

¿Qué quiere el pueblo?—El reinado de la justicia y de la caridad.—¿Acaso el sacerdote quiere otra cosa?

¿Qué quiere el pueblo?—Una honesta libertad.—El sacerdote detesta tanto ó más que el pueblo los excesos del despotismo, siempre funestos á la Religión, contra la cual indisponen cuando la protege, y á la que comprime cuando está de ella descontento.

¿Qué quiere el pueblo?—El bienestar de las masas.—El clero desea el bienestar de las masas. ¿No es, por ventura, en general, hijo del agricultor y del obrero? La familia laboriosa, aquella es su familia y le es imposible no amarla.

No hay absolutamente una medida ventajosa á los intereses populares por la que el sacerdote no se interese. Con sus cortos recursos, y á pesar de la desconfianza y la oposición, ¡cuánto bien hace á su alrededor! Sus enemigos saben porqué no lo hace en mayor escala.

Pensad en ello, infortunados á quie-

nes explota el librepensamiento. Para dedicarse por entero á vuestra felicidad presente y futura, el cura ha hecho para siempre el más costoso de los sacrificios... Solitario en su habitacion no puede tener otro consuelo que el de ver á su rebaño feliz y reconocido bajo su cayado. La prosperidad pública es su sola felicidad, la gloria del pendón nacional le es cara, y entre los elementos tan diversos de la civilización contemporánea, sólo tiene anatemas para el vicio y los placeres criminales que son sus infames orígenes.

UNA CIUDAD ATEA.

Existe en los Estados del Nuevo Mundo una ciudad atea, cuyo nombre es *Liberal*. En ella no hay iglesias ni culto, y no se celebra el domingo ni los días festivos. Sobre la puerta de una de las casas se lee la siguiente inscripcion: *Edificio dedicado á la libre manifestacion del pensamiento.*

Desde su fundacion en 1880, la paz se ha visto siempre turbada, ya por acaloradas discusiones, ya por los más graves delitos contra la moral, ya por los crímenes más horrendos.

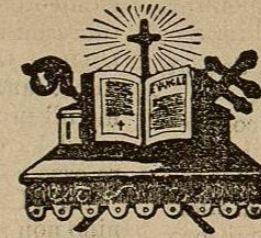
Se educa á los niños en el desprecio de Dios y de la religion, y en el pleno goce de todas las libertades. Los frutos de semejante educación no se han hecho esperar, y los periódicos de la localidad libre-pensadores, por supuesto, reconocen que no es posible encontrar una juventud más viciosa, corrompida ni depravada que la de *Liberal*.

Pero la sentencia de los antiguos se cumple "Más fácil sería construir una casa en el aire que fundar un Estado sin religion." Los habitantes de *Liberal* reconocen ya el mal éxito de su empresa.

Hay que reconocer, ante hechos de esta naturaleza, que el ateísmo es, no sólo la tumba de la moral y del derecho, sino el camino que conduce á todas las ruinas.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, AGOSTO 22 DE 1890.

NUM. 40.

SECCION I.

Sagrada Congregacion DE RITOS.

Rmus. D. Iosephus Aloisius Pukolski Episcopus Tarnovien, desiderio flagrans, ut in Dioecesi sua sacra Functiones ordinate fiant servatis Rubricis ac Decretis et praescriptionibus Sanctae Romanae Ecclesiae, a S. R. Congregatione humillime petiit, ut super sequentibus Dubiis sententiam suam elicere dignaretur.

Dubium I. An in Vesperis coram SSmo. Sacramento expositio celebrandis addenda sit commemoratio de eodem, atque omittendus versus, *Fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace?*

Dubium II. Utrum occasione Indulgentiarum, vel simili, qua Fideles magna cum frequentia ad sacram Synaxim accedere solent, ne sese penes Altaris cancellos turmatim obtrudant, possit iidem, sive per Ecclesiam, sive extra illam, in genua provolutis Eucharisticus panis distribui, an potius debeat tantummodo distribui penes cancellos linteo mundo contactos sive ad gradus Altaris?

Dubium III.—Utrum Sacerdos Ssmum. Eucharistia Sacramentum thurificaturus, postquam illud sub throno, seu baldachino collocavit, debeat stando vel flexis genibus incensum in thuribulo pone-

re, vel utrum Ssmum. Sacramentum thurificare debeat in modum crucis novem vel etiam thuribuli ductibus adhibitis: an potius, praemissa profunda reverentia, tres tantum ductus in eadem linea dirige erga illud debeat, prouti fit in Crucis incensatione?

Dubium IV. In nostris regionibus ab immemorabili tempore invaluit consuetudo, ut in Processione, quae fit cum Sanctissimo Sacramento, semel ante illam et saepius, ea perdurante, Eucharistica benedictio populo donetur. In solemnibus vero Processione, quae agitur occurrente festo Corporis Christi invaluit insuper, ut quoties ad aliquam stationem acceditur, vel ab ea receditur, toties benedictio donetur, et in reditu ad Ecclesiam Celebrans intonans Hymnum *Te Deum Laudamus*, benedicat ad quatuor mundi partes; rursusque in Ecclesia populo ab Altari benedicat cantans, *et benedic haereditate tuae*, postquam Ssmum Sacramentum manu regens ter cecinit, *Salvum fac populum tuum Domine*. Invaluit tandem in minoribus Processionibus, ut in reditu ad Altare recitetur Hymnus, *Rex Christe primogenite* etc. et ad verba, *Tuo nos corpore refice sacroque Sanguine ablue*, benedictio donetur, eademque iteretur post cantum *S-tropharum*, *Tantum ergo Sacramentum* etc. ac *Genitori Ginitoque*, a Celebrante absolutum, qui hoc temporis intervallo Sanctissimum Sacramentum manibus tenere solet. Quaritur ergo an haec omnia rite fiant?